

Santiago Palomero Plaza
Museo Sefardí
Toledo
Clara López Ruiz
museos.es

Semblanza y enseñanzas de don Manuel Casamar, o la historia extravagante de un conservador del siglo xx: del *Trágala* a Internet (II)

Santiago Palomero Plaza es doctor en Prehistoria y Arqueología por la Universidad Autónoma de Madrid (2004). Ha sido director del Museo de Cuenca y del Museo de Segóbriga, así como de diversas excavaciones arqueológicas. Funcionario del Cuerpo Facultativo de Conservadores de Museos desde 1985, ha desempeñado el cargo de Subdirector del Museo Sefardí (Toledo) cuyo montaje mereció el Premio de la Real Fundación de Toledo y la nominación como "Museo Europeo del año 1995". Desde el año 1992 es Académico Correspondiente en Toledo de la Real Academia Conquense de Artes y Letras, y en 1995 es nombrado Patrono de la Real Fundación de Toledo. Ha publicado numerosos artículos en materia de arqueología, museología y patrimonio. Entre 2007 y 2010 fue subdirector general de Museos Estatales del Ministerio de Cultura y en la actualidad es director del Museo Sefardí.

santiago.palomero@mecc.es

Clara López Ruiz es licenciada en Historia del Arte y DEA en Prehistoria y Arqueología por la Universidad Autónoma de Madrid, donde lleva a cabo su tesis doctoral. Ha desarrollado su trayectoria profesional en la UAM como personal investigador y, desde el año 2005, es la secretaria de redacción de la revista *museos.es*. Ha escrito diversos artículos sobre arqueología, género y museos.

clara.ruiz@mecc.es

Veneremus cernui a modo de introducción extravagante

Iniciamos en el número anterior una entrevista con el conservador más longevo y más sabio de cuantos nos representan, don Manuel Casamar; pero no está aquí su vida y obra solo por eso, sino por cuanto su paso por el siglo xx y por el xxi es una verdadera muestra o lección sobre el devenir de los museos españoles. Recorrimos con él su infancia, adolescencia y juventud en la España de la guerra y la posguerra, sus primeros escarceos en el mundo del coleccionismo y del arte, así como sus pasos por la universidad. Este colega en activo, que todavía se presenta, con sus pasos cortos, pero decididos, y su bastón, en la cuarta planta de la Secretaría de Estado de Cultura con algún catálogo en la mano, frente al secretario de la Junta, el amigo Jesús Fumanal, para decirle que no se puede escapar tal o cual pieza de subastas conocidas o ignotas, no es un tipo normal. Yo lo supe desde el primer día que lo conocí, pero tras las entrevistas mantenidas con él para llevar a buen puerto esta semblanza, solo podemos decir que no es normal por exceso, esto es, estamos ante un tipo excepcional en sentido muy amplio. Las entrevistas siguen un ritual peculiar, porque han de ser todas en el Museo Nacional de Artes Decorativas, uno de sus ojitos derechos (fig. 1); a todas viene vestido como "un pollo pera" y mantie-

ne una lucidez escandalosa de cabeza e incluso de cuerpo, que deja patidifuso al más pintado. Con sus 90 años, no solo se ha despachado escribiendo sus memorias, sino que nos tiene tres horas o más de entrevista sin pestañear. De su talante desprendido basta decir que nos permite consultar y citar sin tapujos y sin pudor todo lo que queramos; este Casanova de los museos hubiese sido feliz, como el auténtico, retirado de bibliotecario en un castillo, redactando sus memorias mundanas de aventuras en subastas, en anticuarios, en despachos, en tertulias, en almacenes, en ciudades exóticas o provincianas, en la corte o en otra galaxia. Quiso ser un niño feliz y lo sigue siendo.

Nos toca en esta segunda parte (con él, segundas y terceras partes siempre fueron buenas) transitar desde el año 1957 a 1977, una época que conozco muy bien, porque es la que me ha tocado vivir en el mejor sentido de la palabra, ya que nací en el 57 y cuando murió Franco, en 1975, tenía 20 años y estudiaba mi primer curso universitario. Las aventuras que vamos a vivir con Casamar comienzan en aquel lejano día en que Nuestro Hombre en Granada sufrió un vuelco en el alma, al mismo tiempo que vio sacar, en un vuelco parecido, un jarrón de los almacenes de la Alhambra allá por el año 1955. Como en la entrevista anterior, Clara López, la secretaria de redacción de la revista *museos.es*, nos acompaña y participa en la transcripción, redacción y posterior



Figura 1. Don Manuel Casamar junto a Santiago Palomero y Clara López en el Museo Nacional de Artes Decorativas, durante una de las entrevistas realizadas en el año 2010.

corrección de estas líneas. Curiosamente en la primera entrevista, ya publicada, Clara estaba embarazada de Bruno, que ahora campa a sus anchas, y como ha tenido el privilegio de oír a Casamar lo mismo que nosotros, estoy seguro, y aquí lo escribo, que su profesión tendrá que ver algo con el mundo del arte. Por si alguien no lo sabe, ya se lo contamos nosotros que don Manuel Casamar nos corrige puntos, comas, acentos, locuciones, frases y, por supuesto, tacha y bien tachado –para que no quede resquicio alguno– lo que no considera oportuno o cree que no se debe contar. Conste que no es ningún secreto de Estado, porque esos no los cuenta; es un funcionario demasiado ejemplar, pero tiene su personalidad y lo demuestra. En una de las últimas reuniones que he tenido con él en otros foros, que también me voy a callar, ante lo que consideraba una injusticia dio dos o tres golpes con su bastón en el suelo y por un momento creí que la iba a armar como Valle-Inclán, pero la cosa se quedó en los golpes en el suelo: un caballero también ejemplar. En suma es un placer charlar

con él, pero también lo es escribir sobre él y los museos de España. Nos hemos permitido una licencia, que si no le gusta tachará, de poner títulos un poco novelescos o cinematográficos a las aventuras de nuestro particular Quijote museal y funcional. También nos consta que le ha gustado mucho la primera entrevista publicada, lo que es un honor viniendo de él, porque cuando lo ha contado, ha dicho que, en particular, de un servidor no se acababa de fiar del todo, dado mi natural algo ácrata; esperaremos el plácet de esta segunda. De vez en cuando se le escapan frases en las entrevistas en francés, en alemán y más en latín, de la última yo apunté un nunca inocente *Veneremus cernui...* que he buscado y hallado en el templo de mi Diccionario Valbuena del Bachillerato y que debidamente reintegrado en su totalidad sería *Tantum ergo sacramentum... veneremus cernui* y que dado el estado de la cuestión del latín en la ESO paso a traducir: “Tan sublime sacramento adoremos en verdad”, que seguro se lo enseñó su buen amigo y maestro el padre Ángel Carrillo, pero que en

Su paso por el siglo XX y por el XXI es una verdadera muestra o lección sobre el devenir de los museos españoles

Terminadas las prácticas,
Casamar se traslada como
primer destino de funcionario al
Museo de Málaga



Figura 2. Don Manuel Casamar en la biblioteca del Museo de la Alhambra con don Jesús Bermúdez y un colaborador del museo (1957).

realidad corresponde a una conversación con su otro maestro don Manuel Gómez Moreno, en la que le instruía cómo las piezas deben estar en los museos “donde hagan mejor papel”. En tiempos de mudanzas y cambios en las colecciones de nuestros museos deberíamos tener inscrita toda esta frase antes de tomar decisiones apresuradas, sin planificaciones rigurosas y meditadas.

Misterios aún por resolver, como el del caso de la loza dorada: de Granada a Málaga, pasando por El Cairo

Si hay dos o tres épocas doradas en la historia de don Manuel Casamar, una fue su infancia en Aranjuez y la otra su estancia en la Alhambra entre 1955 y 1957: «En los dos veranos cartujanos subía por las tardes a la Alhambra, donde el nombre de don Manuel (Gómez Moreno) fue el “ábrete sésamo” de todas las puertas, por obra del director del museo don Jesús Bermúdez. En interminables paseos por el monumento y en tertulias en la rebotica alrededor de una taza de café,

fui conociendo los entresijos y la historia de la Alhambra y Granada, y también a los muchos eruditos y profesores granadinos. En los almacenes del museo ordené los muchos fragmentos de vidrio aparecidos en las obras realizadas y también comencé a familiarizarme con los innumerables de loza dorada que no podían ser expuestos. Ahí comenzó una de las grandes ocupaciones y preocupaciones que han jalonado mi vida posterior, heredada de don Manuel, sin haber llegado a cristalizar en conclusiones que puedan decirse definitivas, mejoradas por el mayor conocimiento que de ella tuve durante mi estancia en Egipto».

Durante los años 1956 y 1957 Casamar hace lo que todos los funcionarios hemos hecho en algún momento de nuestra vida, preparar oposiciones, que además llevaban muchos años sin convocarse, como ahora mismo, en otra de esas crisis que cíclicamente vivimos en España, solo que ahora es global y los europeos no están tan acostumbrados como nosotros, ya que, en mis 54 años de vida, ya llevo tres. Cuenta nuestro héroe que le ayudó mucho don Manuel, pero que no la tenía todas consigo porque él no era claramente el candidato

Figura 3 (página siguiente). Don Manuel Casamar ante la estatua de Pinedjem I en el primer patio del templo de Amón en Karnak, durante su primera estancia en Egipto (abril, 1958).

preferido del Tribunal; sin embargo, la rigurosa formación académica y el conocimiento extraordinario del latín vencieron todas las dificultades. Después de unas prácticas en la Biblioteca Nacional, Archivo Nacional y Archivo de Palacio, lo envían para el último periodo de prácticas a sus queridas Alhambra y Granada. De nuevo en Granada en 1957 (fig. 2): “Don Jesús Bermúdez me trató como un igual, como a un hermano pequeño, al que daba todo lo que sabía, y era mañana y tarde y noche. Y no solo en prácticas de museo: la Alhambra y sus secretos, la historia de Granada y del reino nazarí, sus propias ideas, fruto de tantos años de contacto y meditación, de lecturas y entusiasmo, del conocimiento e investigación del mundo nazarí”.

Terminadas las prácticas, Casamar se traslada como primer destino de funcionario al Museo de Málaga: “Llegué allí el 19 de junio de 1958 un día de levante lleno de niebla que no permitía ver más que los alcornoques que bordeaban la carretera al bajar de los montes: ello me hizo pensar en la existencia de bosques, cuando solo eran los que se habían salvado en las lindes de Obras Públicas, ¡que desilusión después, cuando los vi sin niebla!”.

Para comprender el estado de la cuestión del patrimonio mueble español en aquellos momentos, valga una anécdota que cuenta en sus memorias con Julio Martínez Santa-Olalla como protagonista: “Me contó que en una finca próxima, propiedad de unos italianos, se había descubierto un bote de marfil cordobés que tenían sobre una chimenea como caja de puros; les dijo lo que era. Cuando me lo decía ya estaba en el mercado internacional: Sotheby’s lo había vendido en Londres el 16 de mayo de 1958. La reseña de la noticia dada por Kühnel en *Pantheon* (1960) fue publicada por Torres Balbás en *Al-Ándalus* (XXV, 1960). Lo último que publicó don Leopoldo. El bote lo había comprado el Metropolitan con muchas dudas de Dimand, el conservador de arte islámico, disipadas por Carmen Gómez Moreno conocedora del parecer de su padre”.

De la situación de la restauración de monumentos también se hacen eco

las memorias de Casamar con una advertencia de don Leopoldo en la que le indicaba que tuviese cuidado con lo que se hacía en la Alcazaba de Málaga porque “Juan Temboury, entonces su conservador, seguía sus propias opiniones para conseguir que la Alcazaba fuese poco menos que la Alhambra y obrar muchas veces muy pictóricamente pero sin fundamento, decorando con pinturas, escayolas y yeserías, algo a su capricho o imaginaciones”.

De Torres Balbás habla Casamar siempre con gran aprecio, y un detalle curioso de las memorias de Casamar es que sospecha que su atropello por un motorista no fue casual, sino premeditado: “Fue una gran pérdida su muerte inesperada y prematura a consecuencia del atropello por un motorista que creo lo hizo conscientemente, como otro hizo lo mismo con don Pedro Longás, archivero del Valencia de don Juan cuando cruzaba la calle Almagro. Hechos nunca aclarados y muy sospechosos. Don Leopoldo me dejó un gran vacío en el corazón que nunca he podido rellenar”. Ahí queda ese misterio para la historia por si alguien quiere bucear en archivos policiales.

La historia de Casamar sufre de nuevo otro vuelco, como el de las tinajas de la Alhambra, inesperado, pero que cambiaría su vida. A través de un amigo se entera de que había vacantes puestos de profesores españoles en Bagdad y El Cairo. Por consejo de su maestro don Manuel, eligió El Cairo y obtuvo la ansiada plaza: “El viaje fue ya una gran experiencia recorriendo puertos del Mediterráneo a bordo de un Beni, una compañía de cargueros orquestada para transportar excedentes de trigo americano indirectamente a Rusia. Admitían con las cargas de unos puertos a otros, a unos pocos pasajeros, para ir dejándonos en Líbano o en Egipto, después de tocar en Francia, Italia, Grecia y Siria. El ambiente era de franca camaradería con la tripulación; comía con los oficiales cuando me quedé como único pasajero y el capitán me invitaba, si bajábamos a tierra, incluso al cine. Cuántos museos visité, cuántas amistades inicié, cuántos conocimientos adquirí (fig. 3)... En Beirut los



jesuitas de la Universidad de San José querían que me quedase a trabajar con ellos... era echar por la borda la misión por la que había salido de España: investigar en Egipto los orígenes de la loza dorada”.

Ya tenemos pues situado a Nuestro Hombre en El Cairo, después de recorrer en barco como Hércules Poirot el Mediterráneo, solo que sin asesinato que resolver, sino un misterio más profundo, por el que Casamar estaba dispuesto a renunciar a todo: el origen de la loza dorada y cómo y quién la trajo a Al-Ándalus. El problema, Casamar *dixit*, es que entonces «en las alcazabas de Málaga y Almería no se habían hecho más que “escarbaciones” para hacerse con piezas bonitas restaurables. Los tiempos no daban para otra cosa».

En El Cairo, Casamar conoció un mundo colonial y cosmopolita. Allí trató con bastantes anticuarios y cita en sus memorias al anticuario griego Nicola Tano, especialista en loza dorada e islámica: “A mí me cedió muestrarios no solo de fragmentos cerámicos, de los que algunos de lozas doradas fueron al Valencia de don Juan (fig. 4) y que en gran parte regalé a la Alhambra junto

a compras que le hice de piezas muy completas de lozas doradas, predominantemente fatimíes. En Málaga se quedaron un lote del Egipto predinástico, piezas islámicas, completas y algo de muestrario”.

Se trajo muchos conocimientos y la base de sus publicaciones e investigaciones posteriores y un recuerdo imborrable para el resto de su vida: “Volvíamos de Egipto en junio de 1960 en uno de los Beni junto con Pedro Martínez Montávez, su mujer Mercedes Lillo y su dos niños (supongo que mi amigo y colega de la UAM, Sergio, entre ellos)... y recuerdo que regresé con 19 maletas...” (fig. 5).

Entre los años sesenta y setenta Casamar se instala en Málaga en los comienzos del desarrollismo, con la restauración del Teatro Romano, el descubrimiento reciente de la cueva de Nerja y el nacimiento de un turismo incipiente. Gratiniano Nieto sustituye como director general de Bellas Artes a Antonio Gallego y ayudará mucho en esos diez años a Casamar por su profesionalidad demostrada, apoyándose a su vez en él, muchas veces. Para que nos hagamos una idea de lo que pasaba en Madrid culturalmente por aquel enton-

ces, Gallego era el comisario de la magna exposición que se preparaba sobre Velázquez en el Casón del Buen Retiro, en el que ¡ay!, se encontraba el Museo de Reproducciones Artísticas que tuvo que ser desmontado para la ocasión, iniciando un peregrinaje “y una odisea y pérdida de su gran valor didáctico” en palabras de Casamar, que todavía no ha finalizado del todo, pero parece que por fin el museo resucitará de nuevo, rescatado de las catacumbas, para formar parte de las colecciones del Museo Nacional de Escultura (Valladolid).

Gratiniano le confiesa en un viaje a Málaga que tiene intención de acabar con la situación en la que se encontraban la mayoría de los museos de Bellas Artes provinciales regidos por las Academias, por eruditos o artistas locales o aficionados, cuando no autoridades sin formación apropiada. Quiere dar un giro total y nombrar directores a los funcionarios que pertenecen por oposición al cuerpo de facultativos y le comunica su decisión de comenzar con el Museo de Bellas Artes de Málaga nombrándolo a él como director. La situación la describe muy claramente Casamar en sus memorias: «Todas las autoridades, alcalde,



Figura 4. Don Manuel Casamar en el Instituto Valencia de Don Juan (años sesenta).



Figura 5. Don Manuel Casamar, junto a sus padres y a la familia Martínez Lillo, en el viaje de vuelta de Egipto a España, en uno de los barcos de la compañía Beni (junio, 1959).

presidente de la Diputación y Gobernador Civil, al ser cesados eran nombrados académicos. Así, un alcalde con comercio de muebles y taller en los bajos del Palacio de Buenavista en estado de ruina, pudo decir cuando se descubrió el Teatro Romano, que “si el teatro es romano, yo soy cartaginés”.

El Museo de Bellas Artes estaba en manos de la Academia y, como en tantos museos, sus cuadros estaban en parte en centros oficiales un tanto a capricho.

Sobran las palabras y desde este tiempo histórico se debe valorar como muy positiva la política de museos iniciada por don Gratiniano Nieto, que fue un buen profesor de Museología en la UAM y, sin embargo, un rector nada democrático; por cierto y que mira tú por dónde los hilos de la historia, acabó siendo sustituido, elecciones mediante, por Pedro Martínez Montávez, aquel que vino de El Cairo en el barco con Casamar, cuya candidatura pude defender y votar.

La labor de Casamar en estos años fue muy brillante y profesional para el museo, que acrecentó con criterios sus colecciones, con una exposición permanente razonada y didáctica, al igual que el Arqueológico (fig. 6). Fue muy

innovador en la museografía, con salas pintadas de negro, Cristos expuestos horizontales, amplio espacio dedicado a Picasso, proscrito por entonces... Por si a alguien le interesa saber cómo iban los sueldos de funcionario, daban exactamente para veintidós días de pensión, ni uno más, y sin lujos, por supuesto.

En el año 1966 Gratiniano le envía como representante de la DGBBAA en una gran exposición en París, bajo el epígrafe “Andalucía, Encrucijada de culturas”, con piezas muy escogidas y muy representativas de la diversidad que ha conformado Andalucía como tal. Con un sentido profesional se programaron conferencias sobre música andaluza, mozárabe, sefardí y de flamenco, festival incluido, con degustación de productos andaluces. España pretendía salir del aislamiento internacional. Otra cosa es que lo consiguiera, pero seguro que Casamar que voló en Air France a París y tuvo la suerte de conocer a un sefardí, Eli Nahmias, dueño de Petrofrance, del que fue amigo toda la vida, no lo olvida. Fueron los precedentes, casi prehistóricos, de lo que hoy es “Spain Arts&Culture” y de Acción Cultural Española y los Cervantes.

La sustitución de Gratiniano por Pérez Embid, con el Opus en el poder, resultó traumática en un principio para Casamar, que se vio desplazado de la Dirección General por el único delito de ser amigo de Gratiniano y librepensador en épocas poco dadas a las libertades de pensamiento y obra: “Me retiré a mis cuarteles de invierno malagueños y pasé al ostracismo más absoluto por ser amigo del anterior director general y como luego supe directamente, en mis conversaciones posteriores con el mismo Florentino, por mis ribetes liberales e institucionalistas” (fig. 7).

Pero poco podía imaginar Nuestro Hombre Retirado en Málaga que su destino iba a cambiar en breve y que justo con don Florentino iba a desarrollar, junto con su amigo Juan González Navarrete, la operación más importante en materia de museos de todo el franquismo, labor de la que de algún modo ya había puesto Gratiniano las urdimbres y ahora le iba a tocar a él mismo poner las tramas de los museos provinciales en el capítulo titulado como sigue y es menester para que los lectores juiciosos sigan enganchados a esta aventura, como si de don Quijote fuera.



Figura 6 (izquierda). Tríptico del Museo de Málaga. Sección de Arqueología.

Figura 7 (derecha). Don Manuel Casamar en la casa malagueña del embajador de Noruega, el escultor Pimentel y la secretaria del museo, Conchita Aizpurua (años sesenta).

Historia en la que tiene lugar la nunca hasta ahora bien contada ni narrada aventura del “Baile de los museos”

Pero igual que en el Quijote se encadenan historias dentro de la historia general, no podemos dejar de contar lo que le acaeció a nuestro humilde caballero andante museal, cuando un alto cargo del ministerio, entonces *factotum* de la Dirección General, del que omitiremos el nombre por no merecer pasar a la historia, «vino a Málaga con más ínfulas que un capitán general a ver los organismos dependientes de Bellas Artes, museos incluidos. Me espetó al verme: “¿Qué pasa que le llamamos y no se le encuentra?” Me callé. Cuando habíamos visto toda la Alcazaba (fig. 8), propiedad por entero del Ayuntamiento y por cesión de este donde estaba precariamente instalado el Museo Arqueológico, sin más personal de Bellas Artes que un portero, llegamos al taller de restauración en lo último del monumento: “Ahora comprenderá por qué no me encuentran –le dije– el museo no tiene consignación para teléfono y el que hay es del Ayuntamiento y está en casa del conserje...”».

Por aquel entonces se creó la Subdirección General, un nuevo organismo para atender a todos los museos que quedaban englobados en él al reunir las inspecciones y jefaturas anteriores con el nombre de Asesoría General de Museos, y con capacidad de nombrar asesores, caso que fue de Juan González Navarrete, en adelante Asesor Nacional de Museos y claro antecedente de la actual Subdirección General de Museos, que luego hemos ocupado muchos funcionarios del cuerpo facultativo como Paloma Acuña, Rafael García Serrano, Andrés Carretero, Marina Chinchilla, Santiago Palomero y, ahora, Enrique Varela.

Casamar viene llamado por su amigo Juan Navarrete, que le dice que el director general lo va a “examinar”: “De ninguna manera, responde Casamar, ahora vamos a examinarnos los dos, porque si a mí ese señor no me gusta, y no me convence, yo me vuelvo tan tranquilo a Málaga a esperar tiempos mejores”. O sea Casamar en estado puro. Aceptó y se llevaron muy bien desde entonces. Allí nació lo que Juan Navarrete denominó con acierto “el baile de los Museos”, con tanto acierto que todavía hoy continúa la danza. Así lo cuenta, con impecable sentido del humor, Casamar en sus me-

Por aquel entonces se creó la Subdirección General, un nuevo organismo para atender a todos los museos que quedaban englobados en él al reunir las inspecciones y jefaturas anteriores con el nombre de Asesoría General de Museos



Figura 8. Don Manuel Casamar en la terraza de la Aduana, con la Alcazaba de fondo, sede del Museo Arqueológico de Málaga (años sesenta).

morias: «Una de las primeras medidas había sido encargar a Pablo Beltrán de Heredia la renovación de los museos, solo porque al venir de Norteamérica le había traído a don Florentino muchos folletos sobre museos; la renovación era uno de los planes que tenía ya Gratiano al aumentarse las consignaciones en los nuevos presupuestos y en los que me quiso involucrar desde el principio. La tal renovación ahora consistía en mudar de sede los museos en lo que Navarrete llamó “el baile de los museos”; operación a la que no era ajeno Martín Almagro que deseaba hacer del Museo Arqueológico Nacional (MAN) un Metropolitan español y en sus planes de ampliación integraba el de Artes Decorativas anulando la división de colecciones aún existente».

El MAN está ahora en plena renovación museográfica e ideológica, lo mismo que el de Artes Decorativas, este último orientado al diseño español habido y por venir. Esperemos que el MAN deje atrás el adjetivo “arqueológico” para convertirse en el gran Museo Nacional de Arqueología, que España necesita. El nuevo logotipo creemos que ha “borrado” muy adecuadamente el palito de la A, para deconstruir parte de su pasado con un nuevo lenguaje museológico y museográfico de futuro que posibilite una necesaria relectura de sus extraordinarias colecciones. Por cierto, para los que crean que los “aumentos de presupuesto” de la época eran una bicoca, les comentaremos que los “nuevos presupuestos” globales para funcionamiento general, lo que hoy englobamos bajo el epígrafe administrativo de capítulo 2, eran de 15.000 pesetas anuales para cada museo que Casamar convirtió en 300.000 pesetas anuales.

Con esos escasos mimbres y contra todo pronóstico, aquellos funcionarios que nos precedieron, se embarcaron en una de las tareas más apasionantes y todavía no suficientemente valoradas, de renovar los museos de España (fig. 9). Las memorias de Casamar son muy precisas al respecto y muy ilustrativas, por lo que nos ahorran comentarios: “Formábamos don Florentino, Navarrete y yo, un trío

entregado a la creación, renovación y engrandecimiento de nuestros museos; estábamos aún en lo físico muy próximos, pues teníamos los tres los despachos próximos, lo que facilitaba la labor de la dedicación en la que los horarios no contaron nunca; a veces hasta altas horas de la noche y aún de la madrugada; casi siempre éramos los últimos en salir del ministerio y ocurría que los vigilantes tenían que abrirnos las grandes puertas, ya cerradas. Para no ser interrumpidos por las visitas y los teléfonos de la mañana trabajábamos toda la tarde y después de cenar nos reuníamos en la cafetería Manila de la calle de Génova alrededor de una taza de manzanilla hasta que cerraban y seguíamos paseando por la plaza de París. A veces venía Almagro cuando quería solucionar algo con tranquilidad... Nunca trabajé más ni con más gusto. Me entregué con todo lo que soy, sin reservas, porque entre nosotros tres no las había”.

Trabajaron duro y sin pausa y prácticamente se recorrieron toda España: “Viajábamos mucho: en coche oficial, alquilado, propio, en tren, en avión y hasta en barco. Apenas quedó provincia sin visitar, aunque el sur y sobre todo Andalucía se llevaron buena parte”. Sin embargo se



dieron cuenta de las muchas “Españas” que siempre hemos sido y tomaron decisiones muy pragmáticas para ser tiempos preconstitucionales y nada autonómicos, que diríamos hoy; así de alguna manera crearon una especie de “Consejo de Museos” del que se da singular cuenta en las memorias casamarianas: “Para equilibrar el peso andaluz, don Florentino de Sevilla y Juan de Jaén, y yo de Málaga, se creó un consejo de museos en el que Chamoso Lamas por el noroeste y Ripoll por Cataluña se integraban con sus problemas. Nuevos museos, edificios nuevos, renovación de antiguos, ampliación de plantillas, multiplicación de los recursos, ¡estaba todo por hacer! Si en alguna parte no se hizo más fue porque sus autoridades no secundaron nuestra labor, no por falta de voluntad nuestra. En Andalucía, las dos Castillas, León, Extremadura y Galicia apenas quedó provincia que no viese o nuevos museos o renovados los existentes”.

Si alguien tiene interés en seguir esa estela puede hacerlo en una publicación del Ministerio de Cultura de 1983 con motivo de los 50 años de la Ley del Patrimonio de 1933, que dos años después se vería renovada por la actual. El catálogo, agotado ya, se titulaba *50 años de Protección del Patrimonio Histórico Artístico 1933-1983* y las firmas, encabezadas por Javier Solana, entonces Ministro de Cultura, son conocidas por todos: Jiménez Clavería, Manuel Fernández Miranda, A. Pérez Sánchez, A. Fernández Alba, Antón Capitel, Dionisio Hernández Gil, Araceli Pereda, Martín Bueno, J. María Cabrera y el propio Casamar, que cuenta los resultados de lo que hoy llamaríamos “política de museos” y la verdad que son bastante impresionantes. Estos “padres constitucionales” tuvieron mucho que ver unos en más medida que otros, con la Ley 16/1985 de Patrimonio Histórico todavía vigente, incluida nuestra compañera Paloma Acuña, entonces Subdirectora General de Mu-

Figura 9. Don Manuel Casamar en una Asamblea de Museos celebrada en el Palacio Lorenzana, Toledo, hacia 1970.

seos. Del artículo de Casamar solo citaré su final para que nos hagamos una idea del esfuerzo renovador, con los criterios de la época, y de lo que supuso para los museos españoles: “Por otra parte, se procedió a la renovación de museos con la novedad de no ser solo arqueológicos y de Bellas Artes, sino que muchas veces incorporaron también nuevas secciones de Etnología con lo cual provincias que carecían de museos, o este era un mero nombre en una estadística irreal, lo tuvieron en una, dos o las tres secciones. Este movimiento alcanzó a ciudades como Ávila, Logroño, Salamanca, Zamora, Almería, Huelva, Jaén, Úbe-

da, Linares, Córdoba, Antequera, Cádiz, Murcia, Sevilla, Málaga, Mallorca, Mérida, Orense, Lugo, Santiago, La Coruña, Huesca, Alicante, Ciudad Real, Cáceres, Guadalajara, Cuenca, Segovia, Albacete o Toledo”.

Este ingente esfuerzo pensado para una España del XIX, heredera de las Comisiones de Monumentos con su división en provincias y en las tres secciones ya hoy obsoletas, y llevado a cabo en el XX, se ha visto fuertemente sacudido por el tsunami de las Comunidades Autónomas, y hoy la mayoría están en una especie de limbo, que debemos repensar, además en plena crisis, dado que cada



Figura 10. Don Manuel Casamar en su casa de Madrid, durante la entrevista del mes de diciembre de 2011.

Comunidad Autónoma ha hecho esfuerzos en otras direcciones. Con todo, no olvidemos que fueron los contenedores del ayer que hicieron posible lo que tenemos hoy y, por tanto, hay que buscar entre todos una solución de consenso que garantice su viabilidad o transformación; todo, menos dejarlos languidecer en una especie de “tierra de nadie”.

La renovación fue profunda no solo en la creación de nuevos museos y edificios, sino también en la museografía. Sin decir dónde, veamos un ejemplo recogido en sus memorias para que nos hagamos cargo de la situación de la museografía entre los años sesenta y setenta: «En el museo me encontré con un engendro y aquella tarde acuñé el concepto de “Montado por tamaños”. No era otro el criterio por el que se ordenaban las obras de arte que el del equilibrio de masas, y a veces, de estética. Sobraba sentido estético y faltaba el histórico, el cronológico y el pedagógico».

En las memorias hemos detectado algunos pequeños secretos de Estado de la época, pero imaginados por todos. No sabemos si nos permitirá Casamar contarlos, pero si lo están leyendo es porque así lo ha querido. Versa el asunto sobre presupuestos del ministerio de aquellos entonces, que el secretario de la Dirección General se confiesa a Casamar: “-¿Sabes que en este ejercicio hemos devuelto a la Hacienda millones y millones de pesetas? -¿Y no sabes tú que, aunque figuren en los presupuestos para Educación, ese dinero no ha entrado aquí, porque como está previsto, es una de las tapaderas para destinarlo al Ejército?”, le contestó Casamar. Ahí queda el dato.

En el año 1971 tiene lugar otra de esas salidas tan extravagantes a las que Casamar nos tiene tan acostumbrados; siguiendo la estela de la exposición de 1966 en París, ahora se nos marcha al mismo Tokyo, como subcomisario de una exposición sobre Goya, financiada por un periódico importante allí, el “Mainichi”. La gran atracción, además de los lienzos de Goya y muebles para ambientarlos (donde va Casamar siempre hay muebles, cerámicas y tejidos), fue presentar a las dos majas custodiadas

por guardias civiles en traje de gala – idea de don Florentino– y el éxito fue tal que las colas para entrar eran gigantescas, de cinco a seis horas, a pesar del frío invierno. Vamos, toda una *performance* que para sí quería el Reina Sofía o el Prado. Casamar salió en la única televisión con los todavía príncipes don Juan Carlos y doña Sofía y lo vio toda España, como era natural en aquellos tiempos.

Las memorias de Casamar tienen en el año 1973 un final brusco, justo además en el Museo Nacional de Artes Decorativas, su museo. Se inauguró nada menos que por la entonces “Primera Dama”, doña Carmen Polo de Franco, la reapertura del museo, totalmente renovado, con el ministro del ramo Villar Palasí. Poco después el atentado contra Carrero Blanco cambió el curso de la Historia. A mí, como estudiante, me dieron una semana de vacaciones y todo el mundo hablaba en voz baja y en mi casa volví a oír la palabra “guerra”. Afortunadamente las cosas fueron de otro modo y hoy, con crisis, estamos aquí para contarlos. Pero la agudeza y visión de las cosas y los momentos histriónicos de Casamar cierra este capítulo: “De repente todo quedó cortado. El atentado contra Carrero Blanco puso fin a tanta actividad y solo siguió la inercia de parte de lo que estaba en marcha. Mi tiempo, nuestro tiempo había pasado. Ahora sí que había que retirarse a los cuarteles de invierno. Florentino murió al poco tiempo”.

Pues por una vez Casamar se equivocó, porque si bien y afortunadamente, aquel tiempo se acabó, Casamar vería y sería parte de una gran actividad en su ministerio de toda la vida en nuevos papeles, sobre todo a partir de este momento en la Junta de Valoración, durante muchos años. Otras nuevas ciudades, que ya habían entrado en su vida como Toledo, tendrían la suerte de tenerlo como colaborador y como vecino. En el siguiente y último capítulo de sus memorias abordaremos los difíciles pero apasionantes años de la transición y la normalización democrática, con sus excesos, virtudes y defectos. Con todo, Má-

laga siempre formará parte de su alma, porque Manuel Casamar es de donde está: “No volví ya a Málaga. También mi tiempo allí había pasado. Fue muy doloroso aceptarlo. Había llegado allí joven todavía, sin estrenar en la vida civil, lleno de las ilusiones de la juventud, y me había hecho allí hombre y el tiempo de la madurez llegaba y en Málaga no tenía ya sitio, por mucho que me doliese, y me fui en el tiempo justo, lleno de melancolías que aún me duran, pero con la satisfacción de la labor hecha, aún con las limitaciones de toda obra humana”.

Así es don Manuel Casamar y así se lo venimos contando. Esperamos que este peregrino y extravagante viaje les enseñe tanto como a nosotros. De momento dejamos esta historia aquí, cuando en 1975 monta en el Palacio de Fuensalida en Toledo una exposición de arte mozárabe con gran cantidad de manuscritos y códices, encargada por el arzobispo primado don Marcelo González. En el año 1977 es nombrado Caballero Mozárabe, en solemne ceremonia presidida nada más y nada menos que por el mismísimo Primado de España.

Si en la primera entrega nos cantó entero el “Trágala”, esta segunda también tuvo su sorpresa; después de más de tres horas sin parar, se nos arranca nada más y nada menos que con un canto llano de la *Angélica*... una tradición que según nos cuenta debe venir de lo más profundo de la noche de los tiempos del Paleolítico, y que tiene que ver con la obtención del fuego y su relación, nunca inacabada, con el ser humano.

La verdad es que muchas veces he sentido, sin saber por qué hasta ahora, ese lado oscuro y antiguo cuando oía el *Officium Tenebrae* en la iglesia de San Miguel en la Semana Santa de Cuenca. Estoy seguro que el propio Casamar (fig. 10), además de turiferario, podría entonar sin fallar un ápice todo el *Officium* entero, en el mismo concierto que allí ofrece en canto llano la Schola Antiqua de Asensio, sin desbarrar una sola nota. Yo no apostaría nada por si acaso, porque con Casamar esas apuestas se pierden siempre.